

siendo imposible. Lo único que puede medir la razón, es la razón misma.

Se nos argüirá que así como no hay dos fisonomías absolutamente iguales, tampoco hay dos estados de la razón perfectamente parecidos, y que para cada caso debería variar el grado de responsabilidad y que esto no se aviene con la manera de ser de nuestras leyes, ni mucho menos con el modo que de aplicarlas tenemos. Conformes. Pero entendemos que no deben buscarse casos para la ley, sino ley para todos los casos, y si la que nos rige no puede amoldarse á ellos, modifíquese ya que los casos no se pueden modificar, al menos de una manera pronta y completa.

Algo en este sentido se habrá ganado con el establecimiento del juicio oral y público, pero á nuestro modo de ver solo el jurado puede aproximarnos á la perfección, á la que sabemos no nos es dado desgraciadamente llegar.

La enseñanza obligatoria y gratuita, que si no estableciera el nivel intelectual, atenuaría al menos esas inmensas diferencias hoy día existentes, contribuiría no poco, al paso que á disminuir la criminalidad, (que sabemos está en razón inversa de la ilustración,) á facilitar la resolución del problema que nos ocupa.

Mientras los gobiernos no se cuiden del mejoramiento intelectual de sus gobernados, podremos decirles imitando la frase de una célebre poetisa: «ó hazlos como los deseas, ó tómalos como los haces.»

J. SALVAT.

ÍNTIMA

L'última ratxa de la Tardor,
L'oh amada meva, ja 's deix sentir!
De l'hivernada lo vent glassat
demá de gebra cubrirá 'ls pins:
ja se 'n anaren Tots-sants y 'ls Morts;
ja son vingudas las llargas nits.

¡ Quína feresa qu' ara fa 'l camp!
¡ quín mar més aspre! ¡ quín cel més trist!
Ja cap barqueta surt á pescar
de la Farola fins á Cambrils;
la pobrissalla capta pels plans
ó be replega boscalls pels cims,
y al tart dú feixos als masovers
que al pallé deixan passar la nit.

Si anem al poble, fugint del Mas,
major tristesa tindrem allí.
Tant bon punt toca l'oració
barran las portas tots los vehins;

los homs trastejan vora 'ls congrenys,
vells, noys y donas se 'n van al llit:
tot es silenci.... sols s'ou lo vent
y 'ls galls que cantan la mitja nit.

Quant abí 'n baixava de Masricar,
á la taulada del Mas dels Pins
pobre aureneta prenia 'l vol
per entornarsen al seu país:
de la niuada sola ha quedat;
sense parella, sense sos fills,
¡ lo trist viatge qu' ella farà
tota soleta pel mar endins!

Oh ma estimada, be estem al Mas;
la llar dels avis te bon caliu:
plogui ó ventegi ó emigri l' au,
hi regna sempre bon temps aquí.
No hi ha hivernada pels nostres cors:
¡ la Primavera sempre hi somriu!

F. BARTRINA.

SOBRE UNA BIBLIOTECA DE CIENCIA ESPAÑOLA

II

SE ha dicho, y con razón, que los españoles siempre hemos sido largos en hazañas y cortos en escribir las. Esta verdad, que es patente tratándose de sucesos meramente políticos, advenimientos de dinastías, enlaces de reyes, acciones de guerra, conquistas, descubrimientos y demás hechos que atañen á la historia *externa* de la nación, lo es mucho más en lo que se refiere á su historia *interna*, esto es, al desenvolvimiento religioso, intelectual, social y económico de España en los diversos períodos de su vida nacional. Solo así se explica, que la historia de la civilización española esté todavía por hacer; y que la de su literatura, y, sobre todo, la de su ciencia, se hallen aun casi en mantillas. ¿Y á qué se debe este descuido? Es que en España no hay amor patrio? Difícil es determinar el origen del mal, pero no creemos andar del todo descaminados, si afirmamos que nuestra indiferencia por todo lo propio y castizo, radica en esa modestia y desconocimiento del propio valer que caracterizan al pueblo español, y que le hace considerar como cosa baladí y de poco fuéste todo lo suyo, mientras, con magnanimidad estremada, aplaude los adelantamientos de los estraños y se regocija en sus triunfos.

Unido lo dicho, á lo poco y mal que conocemos nuestra historia, á nuestra natural indolencia y á

la escasa afición que tenemos á los estudios serios y sólidos, que requieren investigaciones profundas y paciencia verdaderamente benedictina, son causa más que suficiente para que hayamos descuidado lastimosamente los trabajos indispensables al esclarecimiento de nuestro pasado científico; trabajos que, por otra parte, reportarán, si se quiere, mucha gloria, pero que son de nulo ó escaso provecho material para el denodado erudito que emprenda su realización.

Fuera de España, y sobre todo en Inglaterra y Francia, no hay hombre ilustre que no tenga su estatua, hecho heroico que no se haya perpetuado en mármoles y bronce, ni autor grande ni chico cuya vida y obras no estén ampliamente estudiadas y comentadas. Acá en España no nos cuidamos de esas pequeñeces. Apenas si conocemos los nombres de nuestros héroes, y si hemos ojeadado alguna vez las páginas más brillantes de nuestra historia; y, en cuanto á nuestros sabios, les dejamos dormir muy tranquilos el sueño del olvido en archivos y bibliotecas, sin que nadie revuelva sus libros, como no sea algún bibliófilo rancio aficionado á papeles viejos. Y bien—dirá alguno—¿á qué molestarnos en desempolvar tomos en folio y estudiar en ellos la ciencia antigua, si los extranjeros nos la dan ya hecha, nuevecita y flamante, en libros bien impresos y de fácil manejo? Qué podrán enseñarnos nuestros añejos sabios, que no sepamos ya? Y de qué nos servirán sus trasnochadas teorías y empalagosas elocuciones?

A fuerza de oír repetir, á propios y extraños, que en España no servimos para científicos, y que si algo sabemos es debido á los libros franceses que estudiamos, y á lo que los extranjeros nos han querido enseñar, hemos llegado á creer que verdaderamente nuestros padres eran unos *memos*, y que no hay tal ciencia española, ni cosa que lo parezca. Pero ¡qué mucho que sea francesa nuestra cultura intelectual presente, si franceses son nuestra política, nuestras costumbres, nuestros vestidos, nuestra mesa y hasta nuestro lenguaje! Y para que se vea que no exageramos, basta tender la mirada á nuestro alrededor. Nuestras clásicas costumbres se modifican cada día con usos que no son de casa; el orden social se derrumba, minado por doctrinas disolventes aprendidas en mal hora en libros extranjeros; detestables traducciones corrompen nuestra hermosa lengua, introduciendo en ella giros y frases que nunca han sido suyos y hasta de temer es que perdamos, con el tiempo, los más marcados delineamientos de nuestro vigoroso carácter y los rasgos más salientes de nuestra histórica nacionalidad. Para arribar á este estado, francamente, no valía la pena que nuestros padres lucharan

como leones contra la invasión francesa y vertieran su sangre en defensa de la patria, si después sus hijos se habían de declarar voluntariamente súbditos é imitadores serviles de esa misma nación, que, sino por la fuerza de las armas, nos ha sabido dominar por el poder de las ideas y el influjo de las costumbres. ¿Por qué esos alardes de patriotismo y esos anhelos de libertad, que tan inútilmente hemos derrochado en algaradas, motines y pronunciamientos, de que tan fecunda ha sido España en lo que va de siglo, no los habíamos de emplear en levantar el espíritu nacional, y sacudir el ominoso yugo de una cultura ficticia y exótica, que seca en sus fuentes la libre manifestación y el espontáneo desenvolvimiento de nuestra propia vitalidad? Qué se puede esperar de un pueblo que reniega de su pasado, y prescinde del más elemental de sus deberes, cual es, el de conservar, como oro en paño, los más legítimos timbres de su historia?

Preciso será, por lo visto, que, como ya dijo el eminente crítico y castizo hablista D. Juan Valera, «tengamos que esperar á que los alemanes se aficionen á nuestros sabios, como ya se aficionaron á nuestros poetas, para que nos convenzan que nuestros sabios no son de despreciar. Quizá tendrá que venir algún sabio alemán á defender, contra los españoles, que hemos tenido filósofos eminentes.» Si el día que estas palabras se cumplan, y los alemanes escriban la historia de la ciencia y de la filosofía españolas, como han escrito ya la de nuestra literatura, de nuestro teatro y hasta de nuestra psicología, los españoles no nos escondemos en el centro de la tierra, avergonzados y corridos, será porque no habrá ya quedado en nosotros el más leve sentimiento de amor patrio y de decoro nacional, ó porque ya no consideraremos, como motivo de propia confusión é ignominia, la glorificación de la España histórica hecha por plumas extranjeras.

Y mucho tememos que hayan de ser alemanes y no españoles quienes ilustren ampliamente nuestra historia científica y literaria, si se atiende al entusiasmo que, de algún tiempo á esta parte, se ha despertado en Alemania por todo lo que á nosotros se refiere. Y justo es decirlo en honor suyo: los sabios y eruditos alemanes han demostrado, al tratar de nuestras cosas, una crítica tan imparcial y sensata, una tan sincera y razonable admiración y conocimientos tan exactos y profundos, que contrastan á maravilla con la ligereza, ignorancia y apasionamiento, que emplean nuestros vecinos los franceses, si alguna vez se dignan ocuparse de nosotros. Ya en el siglo pasado, un tal Mr. Masson cometió la imprudencia de estampar en la *Enciclopedia* estas incalificables, palabras: *¿qué se debe á España? ¿qué ha he-*

cho por Europa durante los últimos siglos? Contestó negativamente á estas preguntas, y se quedó tan satisfecho, cual si hubiera puesto una pica en Flandes. Al punto salieron á vindicar el honor de España briosos paladines, tales como Cavanilles, Serrano, Forner y el italiano Denina, y demostraron, de una manera incontrastable, la alta significación intelectual de la España antigua, dando un solemne mentís, á la faz de Europa, al desenfadado *sabio enciclopedista*. Pero ni por esas. Siempre que, directa ó incidentalmente, hablan de España los compatriotas de Mr. Masson, disparatan tan de lo lindo y tan enterados se muestran de lo que á España pertenece, como nosotros podemos estarlo de lo que pasa en el Congo ó en Cochinchina. No parece sino que los Pirineos, en vez de ser lazo de unión entre ambos pueblos, son, en concepto de los franceses, infranqueable barrera que separa á España del resto del mundo civilizado.

No así los alemanes. Ellos fueron quienes, primero que nadie, llamaron la atención del mundo sabio acerca los tesoros ocultos en nuestra literatura, y ellos han sido quienes, con infatigable laboriosidad y verdadero entusiasmo, han estudiado y aquilatado el valor de nuestros grandes autores. De plumas alemanes han salido los mejores trabajos publicados, de algunos años acá, acerca literatura y ciencia españolas. La primera historia literaria de España que se compuso, fué la que Bouterwek escribió en 1804, y que hasta 1829 no vertieron al español los Sres. Gomez de la Cortina y Hugalde: los hermanos Guillermo y Federico Schlegel, el uno en su *Curso de literatura dramática*, y en su *Historia de la literatura antigua y moderna* el otro, empezaron á entusiasmarse con nuestros autores dramáticos y especialmente con Calderón: el libro más admirable que sobre este gran dramático se ha escrito se debe á Leopoldo Schmidt, y de otro alemán, Schack, es la mejor *Historia de la literatura y arte dramático en España*, obra que empezó á traducir al castellano D. Eduardo de Mier, pero que, por falta de lectores, (dolor causa decirlo) no pasó del primer tomo. A otro extranjero (aunque no alemán) al norte americano Jorge Ticknor debemos la *Historia de la literatura española* más completa que hasta el presente se ha escrito, si bien el fanatismo del autor y su escaso conocimiento de la lengua deslucen su gran mérito, haciéndole incurrir en yerros é inexactitudes, que en su traducción han procurado corregir y enmendar por medio de luminosas notas, Don Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia. Y á más de estos autores, ¡cuánto no deben las letras españolas á los sabios alemanes Boehl de Faber, Hegel, Huber, Rosenkranz, Clarus, Diez Tieck,

Wolf, Keil, Ullesperger, Holfferich, Hoffman Holberg, Kleiber, Geibel, Cassel, Geiger, Storch Fastenrath etc. etc.!

Pero hora es ya de qué, dejando á un lado consideraciones generales y entusiasmos patrióticos, que no siempre nos es dable contener, dirijamos una mirada, siquiera sea superficial y rapidísima, á la ciencia española de los pasados siglos, para que una vez conocidas la existencia é importancia de aquellos que con su talento ilustraron la nación que les vió nacer, se deduzca, de un modo mas claro, la obligación en que está España de publicar sus libros, restaurar sus doctrinas y seguir sus enseñanzas.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

EN LA PLAYA

COMO al rugir el vendabal, las olas
Se agitan con estruendo,
Así en mi alma sin cesar se agitan
De un ayer los recuerdos.

Cesa la tempestad, la calma torna
Y el mar queda sereno;
¡Solo las tempestades de mi alma
No tienen nunca término!

CARLOS CANO.

IDEA GENERAL DE LA POESÍA

LA verdadera poesía se fija poco en palabras y mucho en ideas; sus galas no son por cierto la altisonancia, el retruécano, el estilo declamatorio, la pompa, la fatuidad; sus únicos adornos son el sentimiento, la idea, la sencillez, la verdad. Se engañan los que creen que la poesía habla un lenguaje convencional, extraño, propio solamente de dioses mitológicos ó de imaginaciones delirantes; la verdadera poesía habla un lenguaje profundamente humano; cuanto más sencilla é ingenua, más cumple su destino; no es ajena al arte, muy al contrario, es esencialmente artística, pero no ha de parecerlo. Aquí está la grandísima dificultad; arte de esconder por completo el arte; hacer que las flores de papel sean exactamente iguales en color, frescura y aroma á las flores naturales; es decir crear, tener el poder de la divinidad.

Por esto el genio encuentra en seguida notas propias para espresar sus concepciones y sus sentimientos, no ha de esforzarse un solo instante, está inspirado, es creador naturalmente. Y las obras del genio no nos parecen difíciles ni misteriosas; se presentan franca y espansivamente ante